

SIMPATÍA Y ANTIPATÍA.

§ I.

Los filósofos antiguos y los modernos se distinguen lo que los genios tímidos y los temerarios. Aquellos nada emprendieron; estos se arrojaron demasiado. Aquellos, metidos siempre debajo del techo de razones comunes, ni un paso dieron hácia el exámen de las cosas sensibles; estos, con nimia arrogancia, presumieron averiguar todos sus misterios á la naturaleza. Aquellos no se movieron; estos se precipitaron.

No comprendo ahora debajo del nombre de filósofos antiguos los que precedieron á Platon y Aristóteles, los cuales acaso delinquieron en lo mismo que los modernos. Pitágoras quiso reducirlo todo á la proporcion de sus números; como si el Autor de la naturaleza estuviese precisado á seguir en sus producciones las proporciones que nosotros imaginamos. Anaxágoras, Leucippo, Demócrito y Epicuro siguieron la filosofía corpuscular, que mucho ántes, segun algunos autores, habia inventado Moscho Fenicio, anterior á la guerra de Troya, y que en estos tiempos se reprodujo; por lo cual llamamos filosofía moderna á la más antigua de todas, aunque no se sabe á punto fijo la formacion del antiguo sistema. El gran Bacon, por los cortos fragmentos que quedaron de él, le contemplo tan sólido, que á eso mismo atribuyo su ruina, diciendo, que en el curso del tiempo, como en el de un rio, la filosofía de Demócrito y Epicuro se anegaron por tener solidez y peso; al contrario la de Platon y Aristóteles, como tablas leves, que no contenian sino ideas vanas y fútiles abstracciones, sobrenadando en los siglos, llegaron prósperamente hasta nosotros. Si se debe hacer juicio tan ventajoso de aquella doctrina, se puede decir, que la fortuna de ella es en parte parecida á la de la historia de Tito Livio. Algunos fragmentos, que con dolor de los eruditos, faltaban de las *Décadas* de aquel grande escritor, fueron halladas el siglo pasado en Francia, en los pergaminos que servian de guarnicion á unas palas de jugar pelota. Refiérela Paulo Colomesio en el segundo de sus Opúsculos. Así los fragmentos que quedaron de aquellos antiguos filósofos, bien que estimables por su valor intrínseco, habiendo caido en manos de quienes no eran capaces de conocerle, se hicieron juego y burla de las escuelas, sirviendo, con su agitacion por el aire, los átomos, si no de palas, de pelotas.

Tampoco comprendemos debajo del nombre de filósofos modernos aquellos que en estos tiempos buscan la física por la senda de la experiencia. Es este un camino prolijo, pero no hay otro seguro. Descubrióle el gran Bacon poco más há de un siglo, empleando la alta superioridad de su genio en tomar para acertarle aquellas vastas y ajustadas medidas, que hacen sus escritos admirables. No sólo eso hizo, mas tambien dió por la misma senda que habia descubierto no pocos ni

pequeños pasos. Es verdad que ántes de Bacon los químicos sobre las experiencias del horno habian fabricado nuevo sistema físico, pero sin advertir que era corto cimiento para tanta obra, ya por ser las experiencias pocas, ya porque no se entró en cuenta lo que la vehemencia del fuego inmuta y altera en los entes.

Por mal hado de la filosofía, al mismo tiempo que acabó de vivir Bacon, empezaron á filosofar Renato Descártés y Pedro Gasendo, produciendo cada uno su sistema. Aprovecharon los dos famosos franceses la oportunidad de hallar la física de Aristóteles puesta en descrédito por el canciller anglicano, y la manifestada propension de este á la filosofía corpuscular fué como un viento favorable para los nuevos sistemas; pero en la realidad su fábrica era muy opuesta á la idea de Bacon; porque bien léjos de levantar el edificio sobre el fundamento de la experiencia, buscando, como Bacon queria, con larga série de bien combinadas observaciones, en todos los senos de la naturaleza los materiales, cada sistema se formó sobre la idea particular de un hombre solo, forcejando despues el discurso para hacer que las experiencias pareciesen correspondientes á los principios de antemano establecidos, que fué invertir totalmente el órden; pues para establecer los principios se habian de consultar de antemano las experiencias, no admitiendo máxima alguna, sino aquellas á que forzase el asenso una invencible multitud de bien regladas observaciones. En efecto, concurriendo con la oportunidad dicha, ya la aparente conformidad de los principios de Gasendo con la inclinacion de Bacon, aunque esta siempre suspensa y sin decidir, á los átomos de Epicuro, ya la ingeniosa y brillante armonía del sistema cartesiano, los dos cegaron una gran parte del mundo literario, para que no siguiesen las huellas del incomparable inglés, pensando que, llevados de la mano por Descártés ó por Gasendo, habian de llegar por el atajo á aquel término que Bacon les prometia, como premio de las fatigas de un siglo.

Estos son los que llamamos filósofos modernos, con exclusion de los experimentales, que siguiendo las luces de Bacon, y uniendo las experiencias con las especulaciones, trabajan utilísimamente incorporados en algunas academias, especialmente en la sociedad Régia de Lóndres, y en la academia real de las Ciencias de Paris, que son las dos mayores escuelas que hoy tiene ni tuvo jamas el orbe para las ciencias naturales.

§ II.

Divididos, pues, así los filósofos antiguos de los modernos, y componiendo aquel bando de platónicos y aristotélicos, como este de cartesianos y gasendistas, hallamos poco ménos reprehensible el encogimiento de aquellos que la audacia de estos. Los modernos en pocos dias pensaron devolver las causas íntimas de

todos los naturales fenómenos; los antiguos en muchos siglos ni un paso dieron hácia ellos. Los modernos en corto vaso se arrojaron á lustrar el anchuroso océano de la naturaleza; los antiguos se estuvieron siempre ancorados en la orilla. Pues, dejando aparte la filosofía de Platon, que no fué más que una informe produccion de su teología natural, la física de Aristóteles en rigor es pura metafísica, que no contiene más que razones comunes ó ideas abstractas, verificables en cualquier sistema particularizado. Esto se entiende de los ocho libros *De phisica auscultatione*. En otras obras suyas quiso componer todo el negocio de los efectos sensibles con sus cuatro cualidades elementales. Conato inútil, que prosiguió y extendió Galeno entre sus innumerables sectarios, aunque contra la mente de Hipócrates, que en lo de *Veteri medicina* descubiertamente desprecia, como muy poco poderosas en el cuerpo humano, las cuatro cualidades primeras, dando mucho exceso, así en la actividad como en el número, á otras facultades totalmente diversas de aquellas. Y es cosa cierto bien admirable, que por tantos siglos estuviesen ciegos todos los médicos para leer aquel y otros semejantes textos de Hipócrates, hasta que los químicos les dieron con ellos en los ojos.

Poco á poco se fué conociendo la insuficiencia de las cuatro primeras cualidades, aún supuesta la suma variedad de sus combinaciones, para producir infinitos efectos sensibles, y para suplir el defecto se recurrió á las cualidades ocultas. Acusáronlas luégo los partidarios del Cuaternion, por el capítulo de ser asilo de ignorantes, como si no fuese mayor ignorancia señalar por causas las que evidentemente no lo son, que confesar ingenuamente que se ignoran las causas.

Unos y otros, pues, así los que acudieron á las cualidades ocultas, como los que quisieron atribuir todos los efectos á las elementales, se quedaron al borde de la naturaleza, con la diferencia grande de que los primeros sólo pueden ser capitulados de ignorancia; los segundos, no sólo de ignorancia, tambien de error. Este se hizo tan visible, que ya apénas se halla quien teniendo algun mérito para ser llamado filósofo, le apadrine; con disimulo, ó sin él, todos reconocen, respecto de infinitos efectos, insuficientes las cualidades elementales, y adonde no alcanzan estas (siendo poquísimo lo que alcanzan), toda la física de la escuela, para dar razon de cualquiera efecto natural, está reducida puramente á decir que hay una cualidad que la produce. Esta es toda la filosofía peripatética, y no hay otra. Si se pregunta: ¿por qué calienta el fuego? se responde, que porque tiene virtud ó cualidad calefactiva. Si se pregunta: ¿por qué tiene esa cualidad? se responde, que porque la pide su esencia. Si se pregunta más: ¿cuál es la esencia del fuego? eso no se sabe. Y si se responde algo, será con un círculo vicioso, diciendo, que es una esencia que radica ó pide la virtud de calentar, quemar, etc.: lo mismo es de todo lo demas. El estómago quillifica el alimento, porque tiene virtud quillificativa; expele el excremento, porque tiene virtud expultriz; se nutre, porque tiene virtud nutritiva. Con que sacamos en limpio, que apartada á un lado la metafísica, la física de la escuela se puede enseñar á

cualquiera rústico en ménos de medio cuarto de hora. Es verdad que tendrá algun trabajo en tomar de memoria las voces de *cualidad, virtud, facultad, esencia, forma, dimanacion, radicacion, exigencia, etc.*, en cuyo uso consiste toda la ciencia de nuestra filosofía natural. Dijo bien el sapientísimo jesuita, y no ménos sutilísimo filósofo que comprensivo matemático, Claudio Francisco Milliet Dechales, que la física comun es fútil é insufrible, porque exceptuando algunos conceptos comunes, y el uso de voces particulares y facultativas, ignoradas del vulgo, no hay en ella cosa que merezca el nombre ni aun de opinion ó probabilidad: *Quis enim hodiernæ philosophiæ, phisicæ præsertim, inanitatem æquo animo tulerit? In quæ si communes nationes, et Doctorum, ut ita dicam, idioma modumque loquendi à communi et vulgari populo alienum excipias, præsertim cum ad particularia descenditur, nihil, quod satisfaciat invenies, nihil, quod probabilitatis, et opinionis nomen mereatur, necdum demonstrationem præseferat.* (In Tract. De progressu Matheseos.)

§ II.

Pero volviendo á las cualidades ocultas, esta voz, que nada significa, se refuerza en los libros y en las escuelas con las de simpatía y antipatía, equivalentes en la obscuridad y en la aplicacion. Son voces griegas, que aunque ya vulgarizadas, siempre se quedaron griegas, porque nada explican. Su más frecuente uso es cuando se trata de aquellos efectos, que por más raros se hacen más admirables, y especialmente donde hay algun género de atraccion ó repulsion entre dos cosas. Por lo cual Plinio definió la simpatía y antipatía, diciendo que son amor la simpatía, y odio la antipatía, de las cosas que carecen de sentido: *Odia, amicitiaque rerum surdarum, ac sensu carentium*. Los que las explican diciendo que son consenso y disenso, ó concordia y discordia, dicen lo mismo. Los que dicen que la simpatía y antipatía consisten en la semejanza ó desemejanza de toda la substancia entre dos cosas, queriendo explicarlo más, lo enredan más.

Mi sentir es, que estas voces nada significan, que pueda ser razon de los efectos particulares, para cuya explicacion se usan, y así, que hablando con propiedad, no hay simpatía ni antipatía en el mundo.

Empezando por la última explicacion dada, es manifiesto que la simpatía, ni es la semejanza en toda la substancia, ni nace de ella. La razon es, porque aunque se confiese que hay bastante semejanza entre el hierro y el iman, siendo el iman no otra cosa que una vena más pingüe ó rica de hierro, no puede la atraccion activa del iman nacer de esa semejanza. Tanto y más semejantes son un hierro y otro hierro, y no se atraen hasta que el magnetismo se comunica á uno de ellos, y despues de comunicado, ya no son tan semejantes como ántes eran, pues el hierro magnetizado tiene ahora algo, que aún no se ha comunicado al otro; por consiguiente, hay ahora alguna desemejanza que ántes no habia. Más: tan semejantes, por lo ménos, son el oro y el oro, la plata y la plata como el iman y el hierro; con todo, ni el oro atrae el oro, ni la plata la

plata. En fin, el electro ó succino atrae cualesquiera materias, como estén divididas en porciones leves ó menudas astillas, y no puede ser semejante en toda la substancia á todas las cosas; si lo fuera, tambien estas fueran semejantes entre sí del mismo modo, siendo imposible la semejanza de dos á un tercero, sin semejanza entre sí; y de está suerte todas las substancias materiales fueran mutuamente magnéticas. La razon, no ménos que la experiencia, demuestra que la semejanza ú desemejanza no puede influir en los efectos que se atribuyen á simpatía y antipatía, porque la semejanza y desemejanza son puras relaciones sin actividad alguna; ni áun la virtud productiva pide semejanza entre el agente y el paso (*), si sólo entre el agente y el efecto.

§ IV.

Rechazada, pues, esta explicacion, sólo tenemos que entendernos con las confusas ideas de odio y amor, concordia y discordia, consenso y disenso. Verdaderamente, si así el amor como el odio son ciegos, nunca tan ciegos como aquí. O el amor entre el iman y el hierro se toma por la accion de juntarse ó por la inclinacion que tienen á esa accion. Si lo primero, se da por razon del efecto el efecto mismo. Si lo segundo, será una virtud activa de ese efecto, á quien muy impropiamente se da el nombre de amor, especialmente cuando, segun los teólogos, el amor sólo en Dios es físicamente efectivo. En los agentes criados cognoscitivos lo es moralmente, porque moralmente mueve á aplicar las potencias propias á sus operaciones. En los agentes que carecen de conocimiento, el amor y el odio son voces sin significado alguno.

Ya alcanzo cuál fué el motivo de esta aprehension vana. Como se dice (y se dice con verdad en los agentes dotados de conocimiento) que el amor inclina á la union, se ha extendido este concepto á pensar, que áun entre los insensibles la union proviene del amor; y así, el amor que hay entre el iman y el hierro hacen que se junten los dos. Si el pensamiento fuese verdadero, cualquiera acceso de una substancia á otra sería efecto de amor, y cualquiera receso efecto de odio. De este modo, el jugo nutricio que sube por las plantas miraria con muy malos ojos á la tierra, de quien se aleja. En los vapores ácuos que se levantan de ella se debe discurrir el mismo aborrecimiento, como al contrario, un grande amor al sol, á quien van buscando, solicitados de sus rayos. Ni se me responda que estos efectos tienen causas manifiestas, y así no es menester recurrir á simpatías ó antipatías, pues hasta ahora no se sabe cómo y por qué los vapores suben; ántes la dificultad que hay en esto es grandísima, pues es cierto que cada partícula de vapor, siendo en la substancia agua, es más grave que otra igual partícula de aire, y así parece que no puede montar á este elemento. Por lo cual andan los filósofos modernos pegando á cada partícula de vapor una porcion de materia etérea, unos por adentro, como contenida, otros por afuera, como continente, de cuya union resulte un todo más leve que igual porcion de

(*) Quiere decir paciente. (V. F.)

aire; pero esto se dice adivinando y áun tropezando en nuevas dificultades.

Mas si por semejantes analogías ha de proceder el discurso de los agentes cognoscitivos á sacar consecuencias en los insensibles, así como del acceso ó receso de estos se infieren odio ó amor, se inferirán asimismo del efecto conveniente ó disconveniente que cualquiera agente produce en cualquiera paso; porqué entre los cognoscitivos, el que ama á otro le da lo que está bien, y el que le aborrece lo que le está mal. De este modo no habrá accion en el mundo que no nazca de amor ú odio, de simpatía y antipatía; pues ó el agente produce en el paso un efecto que le conviene, y esto será por amor, ó un efecto que le desconviene, y esto será por odio.

Más, en el succino será menester discurrir un amor universal á todas las cosas, porque todas las atrae, pues aunque Aristóteles excluye de su atraccion la yerba llamada ocimo ó basilica, por quien entienden comunmente la albahaca, el padre Kircher, autor más fidedigno que Aristóteles, certifica haber hecho delante de muchos, en Roma, la experiencia contraria (1). ¡Válgate Dios por succino, qué cariñoso y de buenas entrañas te hizo la naturaleza!

Más, si el iman atrae el hierro en fuerza de la amistad, le atraerá por mucho que pese el hierro; ántes el mucho peso conducirá para que se le llegue más presto; porque, cuanto mayor el hierro, tanto mayor amigo.

La verdad del caso es, que simpatía y antipatía, amor y odio, y las demas equivalentes, son voces metafóricas, y por tanto inútiles, en el examen de los efectos naturales. El idioma metafórico, como forastero en la filosofía, nada significa hasta traducirse al lenguaje propio, que explica las cosas derechamente como ellas son en sí. Por mejor, pues, tengo la voz de cualidad oculta, que tiene alguna significacion filosófica, aunque oscura y comunísima, que las de simpatía y antipatía, que, ó significan lo que no hay, ó nada significan.

Algunos, ó los más, entienden por simpatía ó antipatía un género de determinacion natural, por la cual resulta en este cuerpo tal ó tal efecto, precisamente porque en el otro á quien dice relacion simpática ó antipática haya tal ó tal afeccion, accidente ó movimiento, sin accion de uno á otro propagada por el medio. Como en el ejemplo del iman, el hierro se determina á moverse precisamente porque el iman esté presente ó á corta distancia; en el de los polvos que llaman simpáticos se restaña la sangre de la herida, precisamente por echar los polvos en la venda con que se ató la herida, y está teñida de su sangre, aunque muy distantes, al hacer la operacion, la herida ó la venda.

Pero esta es una quimera filosófica, porque cualquiera accidente que arribe á un cuerpo no podrá determinar al otro á cosa alguna sin que obre algo en él, ni podrá obrar en él sin que se continúe por el medio alguna virtud. La regla de que el agente no puede obrar en paso distante, es generalísima; siendo evidente que nadie puede obrar donde no está, ó por sí ó por la virtud, que hace sus veces, y esta virtud ha de estar suje-

(1) In Museo Colleg. Rom., parte II, capítulo VIII.

tada en algun ente que toque al paso; de donde es consiguiente necesario, que de un cuerpo á otro se propague algo por el medio.

§ V.

Con que, simpatía y antipatía, segun lo que se significa inmediatamente por estas voces, no las hay en el mundo. Pues ¿cómo hemos de explicar, ó á qué causa hemos de atribuir, aquellos efectos admirables, para cuya explicacion se usan esas voces? Las cualidades elementales, y las segundas ó terceras que se suponen resultantes de la vária combinacion de aquellas, no bastan; pues qué? ¿hemos de estar siempre atrincherados tras del parapeto de las cualidades ocultas? Eso es confesar que ignoramos las causas.

Respondo, lo primero, que estoy tan léjos de tener por inconveniente la confesion de la ignorancia propia cuando realmente la hay, que ántes el afectar que se sabe lo que se ignora lo juzgo baja del ánimo; y esta baja es la que ha llenado de infinita fagina inútil, no sólo los libros de filosofía, mas tambien de otras facultades. ¿No es impostura ajena de todo hombre honesto proferir como cierto lo dudoso, como claro lo obscuro, y por no confesar que ignora algo, señalar por causa de un efecto la que para sí conoce que no puede serlo? Esta falta de ingenuidad y de veracidad tiene, como dije, llenos de infinita fagina inútil los libros y las facultades, especialmente la filosofía. Cualquiera cuestion física que se proponga, apenas hay profesor que, aunque en su interior esté perplejo, no resuelva asertivamente por una ó por otra parte, como que está bien asegurado de lo que dice. Despues, aunque no encuentre razon probativa que le cuadre, no deja de dar alguna como que es muy buena, y á los discípulos ó á los lectores se la propone como solidísima. Estas, en buen romance, son dos mentiras, y mentiras que traen perniciosas consecuencias; porque los más de los que estudian ó leen, no siendo capaces por sí mismos de examinar el peso de las razones, quedan para siempre obstinados en aquellos dictámenes, como si fuesen demostraciones matemáticas. De aquí nacen las interminables contiendas con que las mismas cuestiones se agitan contumazmente por siglos enteros, sin adelantar un paso en la materia. De aquí el tratarse, los que siguen diferentes escuelas, unos á otros de hombres rudos, porque cada uno, sobre la fe de los autores de su escuela, piensa que lo que él defiende es una verdad tan patente, que sólo un insensato puede dejar de conocerla; y no importa que los profesores una ú otra vez confiesen que la opinion contraria es probable. Esa es una reflexion que, por muy transitoria, no se imprime en el vulgo literario; al contrario, se le encaja por muy frecuente la resuelta y firme decision de la sentencia que se le enseña. Lo que pide el candor y veracidad á que estamos obligados todos los hombres, y áun más los literatos, es proponer como probable lo que sólo se aprehende probable, como verisímil lo que sólo se aprehende verisímil, lo dudoso como dudoso, lo falso como falso, lo cierto como cierto, lo evidente como evidente.

Respondo, lo segundo, que hasta ahora á punto fijo no se ha encontrado con las causas de los efectos que

F.

se atribuyen á simpatía y antipatía; pero en algunos se ha atinado con lo muy verisímil, ó acaso algo más que probable, y en todo se ha adelantado algo sobre la razon comunísima de cualidades, virtudes, facultades, etc. Los que pretendieron desmenuzar hasta sus últimos ápices todo el mecanismo que gobierna estos naturales movimientos, como si le hubiesen examinado con microscopios, erraron más que todos. Tal fué Renato Descartes en la explicacion mecánica de las propiedades del iman, que propone con tanta confianza como pudiera la construccion de un reloj, despues de tenerla bien comprendida. No es negable que su invencion fué ingeniosísima, pero ajena de toda verdad, como probó mejor que todos el padre Dechales (1) con razones que me parecen demostrativas; y lo que es más, al mismo autor le parecieron, y las propuso como tales, siendo sin controversia, así como de sutilísimo ingenio y solidísimo juicio, tambien de sincerísima y modestísima índole, ajena de toda impostura y arrogancia. Gilberto, Cabeo, Gasendo y otros muchos discurrieron sobre el mismo punto con mucha particularidad, no con igual felicidad. Pero no siendo mi designio explicar en particular las propiedades del iman, lo que pedia un tratado entero, sino tratar en general de los efectos simpáticos y antipáticos, sólo apuntaré algunos principios comunes que sirvan á la explicacion, aunque diminuta, de todos.

§ VI.

Debe suponerse que de todos ó casi todos los cuerpos manan efluvios substanciales (ó llámense norabuena con las voces vulgarizadas vapores y exhalaciones) en tenuísimos corpúsculos, porque todos los cuerpos, ó casi todos, constan de unas partes fijas y otras volátiles, á quienes comunmente se da el nombre de espíritus. La existencia de estos efluvios se hace manifiesta, especialmente en los cuerpos aromáticos, siendo ya generalmente recibido que el olor no es una mera cualidad, sujeta primero en el ambiente y despues en el órgano, sino un agregado de tenuísimos corpúsculos, que, por razon de su configuracion y movimiento, hieren de tal ó tal modo el órgano del olfato. Lo que se persuade, lo primero, porque se observa que los cuerpos odoríferos van perdiendo de substancia, al paso que van derramando el olor; no durando este en las flores más de lo que dura aquel jugo que poco á poco se va evaporando. Lo segundo, porque el calor, que es quien excita los olores, es el mismo que roba en exhalaciones el jugo de las substancias. En otros cuerpos sucede lo mismo, aunque no percibamos de ellos algun olor; lo cual proviene, ya de que los corpúsculos que fluyen de ellos carecen de figura ó movimiento apropiado para herir el órgano, ya de la torpeza de nuestro olfato. Así vemos que el perro á mucha distancia va siguiendo la fiera por el olor; del cual ni la menor sensacion tenemos nosotros, áun estando mucho más vecinos. Generalmente cuantos cuerpos se consumen y van perdiendo su substancia con el tiempo, sin que otros sensiblemente los gasten, es manifiesto que la pierden en los substanciales efluvios que perennemente padecen.

(1) Libro v De Magnete, proposicion 18.